

José Checa Beltrán, *El debate literario-político en la prensa cultural española (1801-1808)*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2016, 285 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.8.2017.XXXVII-XXXII>

Al repasar la larga trayectoria investigadora de José Checa Beltrán, el lector de este libro comprende que no se trata de una obra puntual que explora terrenos nuevos, sino de la culminación de un proyecto que viene de antiguo, con un foco de interés, temático y cronológico, que ha ocupado al autor desde hace dos décadas. En 1998 su libro *Razones del buen gusto*, que estudiaba los debates sobre cada uno de los aspectos de la poética española del Neoclasicismo en obras teóricas, reservaba un capítulo a “El debate literario entre siglos (1782-1807)”. Desde entonces, José Checa ha ido abordando en varios trabajos algunos de los elementos centrales de esos debates en textos de crítica literaria publicados en diversos periódicos de los años iniciales del siglo XIX. Esa línea de investigación culmina ahora en este libro que presenta una visión integradora de un amplio corpus de textos periodísticos de materia literaria colocándolos en un contexto cultural y político que les da unidad, con un enfoque analítico que destaca el sentido de unas controversias que trascienden lo estético en un período de cambio en la historia política y cultural española.

Explicar esas polémicas literarias desde el trasfondo político en el que se producen, ilustrar cómo los debates en la prensa son la vertiente crítica de los que se plantearon en textos teóricos, y mostrar que fueron la continuación de algunos que se iniciaron a finales del XVIII son los objetivos esenciales de este libro. Por eso el marco temporal de la investigación, centrada propiamente en lo publicado por la prensa entre 1801 y 1808, se amplía con una mirada abarcadora al origen de algunos de esos debates y se utilizan otras fuentes además de los textos periodísticos, en un afán contextualizador que es uno de los rasgos metodológicos más destacados en esta investigación de uno de los mayores expertos en la teoría literaria española del siglo XVIII.

El corpus con el que ha trabajado José Checa lo forman seis publicaciones madrileñas (una de ellas en dos etapas) del período 1801-1808, leídas siempre desde el posicionamiento político y estético de quienes las dirigieron: Pedro María de Olive: *Memorial Literario* (1801-1804), *Nuevas Efemérides de España* (1805-1806), *Minerva o el Revisor General* (1805-1808); Ventura Ferrer: *El Regañón General* (1803-1804); Manuel José

Quintana: *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes* (1803-1805); Julián de Velasco: *Efemérides de España* (1804-1805); y Mariano y José María de Carnerero: *Memorial Literario* (1805-1806, 1808).

La estructura del libro tiene dos partes bien diferenciadas, aunque no estén marcadas como tales. El núcleo lo constituye el análisis de los debates en la prensa, pero hay cuatro capítulos previos cuya finalidad es contextualizar ese análisis en diferentes ámbitos y plantear las tesis del autor, ilustradas ya en estos capítulos pero que se argumentarán por extenso en la segunda parte del libro. Así, un primer capítulo (“La prensa”) sirve para presentar las publicaciones que conforman el corpus, sus objetivos y a sus responsables. La contextualización política y literaria ocupa el segundo capítulo (“El marco político-literario”). En lo político, quiere destacar Checa una circunstancia que incide en la base ideológica de estas polémicas frente a las sostenidas sobre idénticos asuntos en el siglo XVIII: el hecho de que España y Francia fueron aliadas políticas, en guerra contra Gran Bretaña, durante los años previos a la Guerra de Independencia, lo que trasladará al terreno literario la francofilia y anglofobia de algunos de los polemistas y contribuirá, por ejemplo, a atenuar el rechazo a la hegemonía cultural francesa y la atribución a esa influencia de la decadencia de la literatura española, ideas tan enraizadas en la España dieciochesca. La contextualización en el terreno literario es también necesaria no solo metodológicamente sino para dar una base a tres de las propuestas de interpretación que hace Checa Beltrán en este libro de los debates críticos en la prensa cultural madrileña; la primera, que “existió unidad y continuidad en el debate literario español desde mediados de los ochenta hasta 1808” (57); la segunda, que, en esa continuidad, se produce un desplazamiento de la polémica Neoclasicismo/Barroco hacia un más complejo esquema de debate con tres ejes, Neoclasicismo/Barroco/nueva literatura, que se articula “en torno a la ‘poesía filosófica’ y a las diferentes novedades que van apareciendo en el ámbito de los géneros literarios”, y que “puso en marcha una reordenación del canon, que había permanecido prácticamente estático desde los años treinta hasta los ochenta [del siglo XVIII]” (53); la tercera, que las posturas encontradas entre moratinistas y quintanistas son el marco en el que se expresaron los periódicos que aquí se analizan, reproduciendo en sus críticas la defensa de un Neoclasicismo ortodoxo y conservador o bien de uno más heterodoxo y abierto a las novedades.

Las claves políticas y literarias de los debates de la prensa de principios de siglo permiten ya volver a las publicaciones para definir el “Pensamiento político y literario de los periodistas”. Siempre consciente de una censura que

les impedía mostrar abiertamente su ideología, Checa analiza los prospectos, “planes” o textos significativos de cada uno de los periódicos para mostrar un arco de posturas que van desde el más conservador Ventura Ferrer, defensor de los preceptos neoclásicos más rígidos en *El Regañón*, al Quintana crítico con el gobierno, favorable a los cambios literarios, que desde las páginas de *Variedades* da vía de expresión al Neoclasicismo heterodoxo. Entre ambos, el poco explícito Julián de Velasco en *Efemérides*, el siempre interesante Olive, que se debatió “entre su adscripción al universalismo clasicista y una actitud relativamente abierta ante los nuevos géneros literarios” (78) en la etapa del *Memorial* y fue evolucionando hacia un mayor conservadurismo político y literario en *Efemérides* y *Minerva*. Y los Carnerero, en busca de un justo medio en la etapa final del *Memorial* en el que Checa destaca el patriotismo literario y un incuestionable clasicismo, pero abierto a novedades. Por fin, Checa Beltrán reserva un capítulo para presentar algunos de los episodios más representativos del “diálogo” entre los periódicos estudiados, y las opiniones que cada uno de ellos vertió sobre autores contemporáneos (“Entre periódicos y autores coetáneos”).

En adelante, el libro se centra en el análisis de los debates: “Barroco/Neoclasicismo/nueva literatura”, “Nacionalismo, cosmopolitismo y modernidad”, “Antiguos/modernos. Los modelos”, “Blair/Batteux (Munárriz/Arrieta)”, “Sobre el estado de la literatura española”, “Lengua y traducción”, “La mujer”, “Poesía filosófica y lenguaje poético”, “Poeticidad de los asuntos cristianos”, “Lo popular. El primitivismo (Ossian)”, “El teatro: los tres modelos”, “Poética de la crítica dramática: los nuevos géneros”, “La novela”. Son trece debates literarios (“La mujer” tiene un cariz más sociológico, aunque se aborden cuestiones como la escritura femenina o el protagonismo femenino en obras de los diversos géneros) que ponen de manifiesto no tanto el afán polemista de la prensa (mucho más suave, al menos en sus maneras, que la del XVIII) como la necesidad de aclarar, organizar, definir, reestructurar, en suma, tanto el canon como la preceptiva en una época de transición. Y en tales momentos, coexiste lo viejo con lo nuevo, los debates heredados del siglo anterior y aún no resueltos con la primicia de lo que serán asuntos nucleares del debate romántico (la polémica entre Quintana y Blanco White en 1804 en *Variedades* sobre la poeticidad de los asuntos cristianos, por ejemplo).

La ordenación que hace Checa de estos debates (con la salvedad del citado sobre la mujer, o los relativos al estado de la literatura española y la traducción, que hubieran quedado quizá mejor emplazados en otro lugar) permite ver con claridad cuál era el punto clave sobre el que contraponían sus

criterios unos escritores periódicos educados todos en la estética neoclásica: el “desorden” que provoca en la rígida poética clasicista la irrupción de una nueva estética y nuevas formas genéricas cuya realidad en el plano literario ya no puede obviarse ni en la literatura española ni menos aún en la cultura europea de principios del siglo XIX. La línea de exposición parte pues de la irrupción de la “nueva literatura” en el debate heredado del XVIII entre Neoclasicismo y Barroco y la indagación del nuevo orden estético ante el que cada autor se posicionará según su actitud nacionalista o cosmopolita, su grado de aceptación o rechazo de las novedades y de la nueva mirada que estas provocan sobre el pasado (Shakespeare y la revalorización del teatro barroco, por ejemplo). El punto crucial de los modelos (de nuevo los antiguos frente a los modernos) en el cambio estético que está fraguándose conduce, para terminar, al análisis de las cuestiones arriba evocadas en cada uno de los géneros.

La tesis de la que parte Checa, ya expuesta en la primera parte del libro, como vimos, se sintetiza en la presentación del primero de los debates: la oposición Neoclasicismo/Barroco ya ha sido superada en los años ochenta del siglo XVIII, y desde entonces entra en juego la “nueva literatura”, de modo que “el esquema binario de la discusión literaria anterior, modelo francés frente a modelo español”, pasa a ser “modelo barroco español, clasicista francés y ‘prerromántico’ anglo-alemán” (141-2). A la luz de los textos periodísticos que analiza, Checa concluye que “predomina el esfuerzo por construir una poética integradora de todos ellos” en un debate cuyo eje era la búsqueda de “la identidad literario-cultural de España” (144). Sin desdeñar la dificultad que hubo de suponer para muchos de estos críticos conciliar los principios del universalismo neoclásico y de las reglas con unas novedades que atentaban contra ellos (léase, por ejemplo, la progresiva entronización de la imaginación creadora y el genio frente al principio de imitación), y la postura misoneísta de alguno de ellos -Olive, en especial-, la conclusión de Checa es que predominó la línea renovadora, especialmente en *Variedades* y el *Memorial* de los Carnerero, que desde una actitud más cosmopolita buscaban esa poética integradora encarnada en un modelo “cuya base fuese el paradigma francés, sostenido por las reglas clásicas, enriquecido con el modelo español, dechado de valores poéticos, y del anglo-alemán, paradigma de la modernidad” (150).

De cómo encajar formalmente esos tres elementos para lograr un modelo nacional y un canon literario que integrase lo nacional y lo extranjero, el pasado y el presente, se ocuparon algunos de los debates periodísticos que estudia Checa a continuación con atención particular a cada uno de los

géneros. En poesía era cuestión esencial la postura ante la elección de modelos, por lo que fue uno de los aspectos más discutidos en la prensa de la época. El ilustrador análisis de Checa destaca la actitud vanguardista de Quintana como punta de lanza de la defensa de los modelos contemporáneos (Meléndez Valdés, Jovellanos, Cienfuegos) frente a los antiguos, que otros periodistas respaldaron desde las páginas de *Variedades*, que de algún modo entroniza a Meléndez como modelo incluso superior a Garcilaso y a otros poetas áureos. También se debatió ampliamente sobre la poesía filosófica o “espiritosa”, cuya defensa por algunos críticos por sus contenidos de interés social producirá una reacción de otros contra lo que consideraron un “prosaísmo filosófico” que empobrecía el lenguaje poético. Igualmente se ocupa José Checa de otros asuntos poéticos en que la prensa española de principios del XIX mira más hacia el contexto europeo contemporáneo: la búsqueda de una nueva mitología como asunto literario y la propuesta de los asuntos cristianos sobre la que se discute, como ya señalamos, en *Variedades*, o la valorización de lo popular y la poesía (supuestamente) primitiva de Ossian, recientemente traducida, que parecen generar una opinión elogiosa más compartida entre los periodistas.

En cuanto al género dramático, sin duda el que más páginas ocupó en la prensa madrileña, Checa reitera su lectura de una actitud integradora de la crítica “interesada en conciliar las diversas corrientes dramáticas existentes [...]. En líneas generales, se pretendía aceptar la modernidad sin negar el clasicismo” (236). No fue el caso de todos, como el mismo Checa reconoce, pues Olive fue en sus tres publicaciones tan crítico con el nuevo teatro (el teatro sentimental y el “teatro del horror”) como con el barroco, e incluso la postura de otros críticos ofrece todo tipo de matices ante el panorama teatral de principios de siglo. Con todo, las discrepancias no impiden ver que hay un cambio en la actitud de estos periodistas con respecto a sus predecesores de unas décadas antes: la realidad de la escena española entre 1801 y 1808, en la que conviven los tres modelos (neoclásico, barroco, géneros nuevos, difícilmente conciliables en un único modelo), impone una reflexión nueva, esta sí moderna y plenamente renovadora, pues significaba nada menos que el final del sistema clásico de los géneros: “conceder dignidad poética a manifestaciones literarias que escapaban a las reglas del Clasicismo” (238).

Otro tanto puede decirse de la novela. Sobre el teatro y la poesía habían debatido sin descanso los periódicos del XVIII; no es el caso de la novela, por lo que son de particular interés las páginas que le dedica Checa en este libro. Ignorada en los tratados de poética, es de nuevo la realidad literaria, la existencia de novelas con una producción creciente a partir de los noventa, la

que obliga a los críticos a prestarle atención. Las consideraciones morales prevalecen sobre las estrictamente literarias en sus reseñas, pero Checa apunta que su valoración fue mejorando en general y que algunos artículos de *Variedades* o del *Memorial* de los Carnerero muestran ya que el género gozaba de una dignidad literaria que no reconocían todavía las poéticas. Es una prueba más del papel de la prensa en la construcción de un canon literario y un marco teórico en momentos de cambio estético como el que España estaba viviendo al iniciarse el siglo XIX.

Con enorme acierto, José Checa Beltrán ha centrado su investigación en un período muy concreto, 1801-1808, y en unos periódicos que contienen lo mejor de la crítica literaria de esos años cruciales en la historia y la cultura españolas. Eso le permite un enfoque preciso, una lectura rigurosa y atenta a unos textos críticos que constituyen la reacción inmediata, en el formato más libre y personal que favorecía el periódico, a cuestiones literarias que los preceptistas abordaron en otro tono y con una repercusión más limitada que la que ofrecía la prensa. El contraste permanente que establece Checa entre todos los periódicos y las diferentes plumas que se expresaron en ellos le sirve para explicar la esencia de los debates, la línea ideológica que mantienen muchos de ellos con el siglo XVIII y el marco teórico en el que se apoyan, así como la reacción de cada periodista ante la situación política que inevitablemente marcó su discurso; es una metodología contrastiva que pone de manifiesto las vacilaciones, las contradicciones incluso de las distintas tendencias para intentar conciliar el legado nacional y la modernidad que iba asentándose en la cultura europea. En este sentido, el libro supone también un acercamiento muy revelador a la personalidad de algunos de los nombres más importantes de la vida literaria de esos años iniciales del siglo XIX, y a sus tomas de postura ante los dilemas estéticos que los tiempos de cambios les presentaban. Lectores de ámbitos e intereses cercanos tanto a la historia cultural como a la de la literatura comprenderán mejor con este libro la importancia de unos debates que fueron al tiempo testimonio y agente de esos cambios.

MARÍA JESÚS GARCÍA GARROSA
Universidad de Valladolid
mjesus@fyl.uva.es